

ces procedían de un trasporte de ardiente amor á Dios : otras iban acompañadas de profundos gemidos, propios del que en esta vida se halla desterrado de la patria celestial, ó eran expresión vivísima de su contrición por sus pecados y por los de otros ; pero siempre producían en su alma efectos admirables, y que no pueden expresarse mejor que con sus propias palabras : « Los que tienen, dice, una fuente de lágrimas en lo más sensible de sus corazones, odian su propia vida como la fuente de sus penas y aflixiones : tienen aversión á sus cuerpos como á un enemigo, tratándolo como á un esclavo, y así como el fuego material quema y consume la paja, así el fuego espiritual de sus lágrimas quema y consume sus impurezas visibles é invisibles. »

Añade otro de los efectos de las lágrimas santas, diciendo : « Los que han recibido este don pasan todos los días de su vida en una fiesta espiritual, y así como la cera encierra la miel, así su dolor encierra un consuelo y una alegría imposibles de concebirse y expresarse. »

A la oración unía la lectura de los Libros santos y de los doctores de la Iglesia que le habían precedido. También solía leer algunas veces las obras de los herejes para refutar sus errores ; pero acerca de esta lectura dá este importante consejo : « No leáis libros de herejes antes de ser ilustrados y fortalecidos por el espíritu de Dios, pues sus palabras son tinieblas que oscurecen el espíritu de los débiles. » Esta máxima es muy sabia, pues por estas perniciosas lecturas muchas personas, en extremo curiosas y sin condiciones para discernir el veneno de la herejía, han tenido la desgracia de dejarse seducir por las sutilezas de estos malvados autores, y han caído en las tinieblas del error, que, como dice nuestro Santo, oscurece la inteligencia y emponzoña el corazón.

« La lectura de los Libros santos, dice, es muy conveniente para ilustrar nuestro espíritu y procurar el recogimiento interior, pues contienen las palabras del Espíritu Santo que sirven de luz y de guía para los que los leen con piedad y respeto. Si vuestra vida es conforme al estado de santidad á que Dios os ha llamado, cuidado de poner en práctica lo que decís ; pues haciéndolo, no necesitareis leer otros libros. Buscad la inteligencia de la doctrina de salud, más bién en la práctica de las buenas obras, que en la lectura de los libros.

Recomienda que nadie se obstine en disputar con los herejes, pues que ordinariamente no vienen con deseo de conocer el bién, sino con el de hacer alarde de vana erudición : « Contentaos, dice, con exponerle una ó dos veces su extravío y su error. Pero si hubiese alguno que deseara sinceramente ser instruido en la verdad, no dejemos de darle instrucciones santas y saludables : más no hagamos ni lo uno ni lo otro, sino cuando nuestro espíritu y nuestro corazón estén afianzados en el conocimiento de los misterios de la fé.

Esta recomendación repite casi en los mismos términos en su carta á un Pastor, considerándola de la mayor importancia ; pues sabía muy bién que uno de los más eficaces artificios de los herejes consiste en corromper la fé de los religiosos y de las mujeres, con objeto de dar más crédito y propagar más fácilmente sus errores : « Los superiores, dice, que no tienen más que un conocimiento muy superficial de los misterios y verdades de la fé, no deben comunicar con los herejes, como lo ordenan los santos cánones ; pero aquellos á quienes Dios ha hecho poderosos en palabra y en doctrina, deben entrar en el combate para mayor gloria de Dios, cuando son provocados por los herejes. » — No es de extrañar que san Juan dé estos consejos contra los herejes : pues había muchos en su tiempo que atacaban principalmente los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, y que turbaban con sus novedades la Iglesia de Oriente.

Leía también las vidas de los Santos y las sentencias de los Padres de la soledad, y es de creer, según refiere en su *Escala santa*, que se animaba con sus ejemplos, y procuraba penetrarse de su espíritu. No se contentaba con saber sus acciones y su doctrina espiritual por las obras que acerca de esta materia se habían escrito, y que se hallaban en todos los monasterios para edificación de los religiosos; sino que iba á visitar las soledades de Egipto, para conocer más de cerca el espíritu de los antiguos habitantes, personificado en los solitarios ortodoxos que aún quedaban. Así es que ha podido consignar los edificantes ejemplos que refiere en su *Escala santa*, sobre todo el del monasterio de la Penitencia, del cual dice cosas admirables, y que nos parecerían increíbles, si no hubiese sido testigo presencial de ellas. Debió también haber visitado el desierto de Esceta y los monasterios de Tabenna, porque de ellos habla en su obra; pero no se sabe en que tiempo haría estas piadosas escursiones. Después de ellas le fué tan estimada su celda de Thola, que quiso reconcentrarse enteramente en ella. De este modo, semejante el bienaventurado Juan á una industriosa abeja que rebusca en las diferentes flores el licor de que forma su miel, formó en su celda el panal místico y dulcísimo que se saborea al leer su *Escala Santa*.

Pero su humildad era tan grande, que no pudo resolverse á escribir cosa alguna hasta que fué elegido abad del monte Sinaí, y después de ser muy solicitado por el abad de Raitha. Era ya de una edad muy avanzada, y hasta entónces había permanecido oculta bajo el celemín esta luz tan adecuada para ilustrar las almas. No lo había hecho más que por humildad: pues hubiera deseado haber permanecido olvidado, así como todo lo había olvidado por Dios. Este soberano Señor le bastaba, y no aspiraba más que á conocerle y á ser conocido por él. Este silencio tan riguroso prueba mejor que nada su humildad: pues en su carta al

Pastor dice: « El que puede contribuir con sus instrucciones al bien de su prójimo y á la salud de sus hermanos, y no les distribuye con plenitud de caridad las palabras de vida que no ha recibido de Dios sino para comunicarlas á los demás, será castigado por haber ocultado el talento que debió negociar, según la frase del Evangelio. » Luego no lo hacía sino por el bajo concepto que tenía de sí mismo, y que le hacía considerarse inútil para los demás.

Pero Dios quiso hacerle conocer á algunas personas que vinieron á consultar sus dudas, y fueron tan sólidos y llenos del espíritu de Dios los consejos que les dió, que su fama se extendió poco á poco, hasta salir fuera del monte Sinaí, y atraer á personas seculares de todos los estados que venían á pedirle reglas de conducta.

Refiere que vinieron un día á verle unos seculares poco solícitos de su salvación, que querían excusarse de su relajación y negligencia, diciendo: ¿ Como hemos de consagrarnos á la vida solitaria y retirada, cuando nos lo impiden nuestras mujeres y los negocios á que necesariamente tenemos que consagrarnos? « Pero yo les respondí, dice; haced todas las buenas obras que podais: no habéis injuriosamente de nadie: á nadie perjudicéis: á nadie digais mentira: á nadie odieis: no dejéis de asistir á la iglesia: tened caridad y compasión con los pobres: no deis á nadie motivo de escándalo: respetad la unión conjugal. Si obráis de esta manera, no estareis lejos del reino de los cielos. » — De esta manera daba este hombre ilustrado por el espíritu de Dios reglas de salud á cada uno según su estado, no exigiendo de los seglares prácticas que sólo son propias de religiosos; así como tampoco quería que estos, llamados por su estado á la práctica de los consejos evangélicos, limitasen su virtud á la simple observancia de los mandamientos.

Movido á deseo de imitarle un solitario llamado Moisés,

quiso morar con él y ser su discípulo. Hasta entónces no habia tenido el Santo ninguno, á lo ménos no lo dicen los historiadores de su vida. Temiendo Moisés que por sí solo no podría conseguir sus deseos, interesó á algunos Padres del desierto, y el Santo creyó que debia acceder y tomarlo en su compañía. Dios manifestó que le era muy agradable esta caridad por medio de un milagro obrado con este motivo. Un dia mandó á Moisés que buscase en cierto lugar tierra para echarla en el huerto. Dispúsose el discípulo á ejecutar esta órden; pero llegado el mediodía no pudo resistir los rayos abrasadores del sol, (era el mes de agosto), y tomó algún reposo, sentándose á la sombra de una gran roca, y quedándose dormido. Entretanto hallábase san Juan en su celda entregado á la contemplación, y quedándose ligeramente adormecido, le pareció ver en su sueño á un hombre de aspecto venerable, el cual le reveló que Moisés se hallaba en peligro de perder la vida. Al punto despertó, y empezó á orar por él. Cuando regresó el discípulo, le preguntó que le habia ocurrido, y éste le dijo: « He estado á punto de ser aplastado por una enorme roca, á cuya sombra me habia quedado profundamente dormido; pero creí que me llamabais, y tembloroso y espantado me retiré de aquel lugar, sobre el cual cayó la enorme roca. » — El bienaventurado Juan no quiso manifestarle la visión que habia tenido, sino que movido por su profunda humildad, se contentó con dar gracias á Dios en lo más íntimo de su corazón.

Dios quiso en otra ocasión glorificar á su siervo, haciendo que sus oraciones no fuesen ménos eficaces para el consuelo de las almas afligidas por la tentación, que lo habian sido para la conservación de la vida del cuerpo. Un solitario llamado Isaac se hallaba tan fuertemente atacado de malos pensamientos, que con su violencia é importunidad casi lo tenian desesperado. Un dia se vió tan

sumamente afligido, que vino á refugiarse al lado del Santo, derramando amargas lágrimas, cual si se creyese seguro allí de las persecuciones del infernal enemigo. Conmovido san Juan al ver su fé y humildad, le dijo: « Hermano mio, pongámonos en oración, pues Dios, que es bueno y misericordioso, no nos desoirá. » Hiciéronlo así, y aún no habian terminado su oración, y ya el enfermo espiritual se sintió enteramente cambiado y convertido en otro hombre. Una paz perfecta sucedió á las agitaciones de su espíritu: sintió que la tentación se habia disipado, y no pudiendo admirar suficientemente esta maravilla, que habia cambiado su situación tan humillante y aflictiva en una paz tan completa, dió gracias al Señor y al bienaventurado Juan que tantos beneficios le habia procurado con su oración.

De esta manera, dice el historiador de su vida, este esclarecido director de las almas enriquecia á todos los que venian á verle con las palabras de gracia que salian de su boca, como otros tantos rios de doctrina que repartia con una abundancia tan inagotable como su caridad: así como la eficacia de sus oraciones era un poderoso auxilio para los que se encontraban en peligro de caer en los lazos del infernal enemigo.

Tan singulares frutos de virtud debieran haber merecido la admiración y el respeto de sus hermanos, más bién que su envidia; pero el demonio, que, como se dice en el libro sagrado de Job, se encuentra algunas veces entre los hijos de Dios, queriendo impedir el fruto que producian sus santas instrucciones, tentó de maligna envidia á algunos solitarios, que tuvieron la debilidad de dejarse arrastrar por sus seducciones. Lejos de aprovecharse de su doctrina tan sabia como edificante, quisieron hacerle pasar por un hombre, que, olvidando su estado de solitario, quebrantaba las leves del silencio, por lo cual le llamaban hablador y charlatán.

Pero el Santo, guiado siempre por el espíritu de discreción y de humildad que le era tan propio, consideró que debía ceder, aunque los hermanos fuesen privados de sus sabias instrucciones, más bien que irritar á los envidiosos. En su consecuencia, manifestó á todos los que venian á verle que no queria hablar á nadie, y encerró en su celda los tesoros que hasta entónces habia derramado con espíritu de caridad.

Poco trabajo, sin embargo, le costó guardar silencio; pero al fin, los mismos que con sus murmuraciones le habian obligado á harcerlo se unieron á los demás religiosos para suplicarle que abriese de nuevo su boca, y emitiese sus celestiales oráculos. Su humildad y su modestia no pudieron ménos de impresionar á sus émulos, y los bienes de que habian privado á sus hermanos les hicieron conocer la injusticia con que habian procedido. Rogáronle, pues, que en adelante no suspendiese sus saludables instrucciones, y el bienaventurado Juan, que no sabia resistirse, volvió á emprender su antigua conducta.

Llegó, por último, el tiempo en que se cumpliesen las profecías de Anastasio y de Juan el Sabaita, de que ántes hemos hablado. « El bienaventurado Juan, dice Daniel, su historiador, que poseia todas las virtudes en un grado eminente, y que era admirado por todos, fué elegido unánimemente por todos los religiosos, para que, como en otro tiempo Moisés habia sido candillo del pueblo escogido, lo fuese de su vida espiritual. A pesar de sus reiteradas resistencias le impusieron el cargo de superior de Siria, y sacando esta lámpara de debajo del celemín, que tanto tiempo la habia tenido oculta, la pusieron sobre el candelero, para que iluminase toda la casa.

Cuarenta años habia pasado en desierto despues de la muerte del bienaventurado anciano Martirio, bajo el cual se habia ejercitado durante diecinueve en la más humilde

obediencia, los cuales, unidos á los dieciseis que tenia cuando abrazó la vida religiosa, demuestran que tenia setenta y cinco, cuando fué encargado del gobierno de los solitarios del Sina. Este cargo era de mucha importancia, y no podia ménos de serle muy pesado para una edad tan avanzada. Pero Dios que habia manifestado la gracia de su vocación en el dia de su profesión religiosa por medio de la profecía de Estrategio, quiso demostrar con un nuevo prodigio que le era muy agradable la elección de este abad.

Otro historiador de su vida, religioso de Sinai, y que fué indudablemente testigo ocular, refiere este suceso prodigioso en los siguientes términos. « Cuando san Juan Clímaco fué constituido superior nuestro, acudió un gran número de huéspedes al monasterio, y estando todos sentados á la mesa, se vió á una persona que, vestida con túnica blanca á uso de los hebreos, iba y venia al refectorio, y daba órdenes á los cocineros y demás oficiales, disponiendo todo lo necesario para tratar bien á estos huéspedes. Cuando estos se levantaron, pusieronse á comer los sirvientes, y buscaron por todas partes al hebreo para que les acompañase; pero no fué posible encontrarle. Entónces el siervo de Dios, nuestro bienaventurado Padre Juan, nos dijo: « No lo busqueis, porque el Señor y Dios de Moisés no ha hecho nada que sea extraño á su poder, queriendo ordenar por sí mismo todo lo necesario para ejercer la hospitalidad en este lugar que le está consagrado de una manera especial. »

El mismo autor dice también, que, habiendo en la Palestina una grande sequía, vinieron á verle los pueblos de esta provincia y á suplicarle que pidiese á Dios el beneficio de la lluvia, de que se hallaban tan necesitados. Hízolo el Santo, y el Señor confirmó su propia palabra, pronunciada por el Real Profeta, y según la cual el Dios hace la vo-